

# La casa de Wittgenstein\*



CLAUDIO MAGRIS

(Traducción de Joaquín Jordá)

Se halla en el tercer distrito y, precisamente, como dicen concienzudamente las guías, en la Kundmannngasse, número 19. Es la famosa casa construida en 1926 por Paul Engelmann para Wittgenstein, quien colaboró en el proyecto arquitectónico. Al llegar, parece que la casa –que Wittgenstein hizo construir para su hermana–, no existe, porque la calle pasa del número 13 al 21, saltándose los números intermedios; las calles están levantadas, interrumpidas por obras que parecen abandonadas. Con cierto esfuerzo, se descubre que la casa está al otro lado y que la entrada se hacía por Parkgasse. El edificio, con sus formas cúbicas encajadas entre sí y su color amarillo-ocre sucio, parece un cajón vacío. Ahora es la sede de la embajada búlgara, que la ocupó y restauró en los años setenta, y de su sección cultural. Son las seis de la tarde, la puerta está abierta y hay una ventana iluminada pero no se ve a nadie; sobre una galería, una mesa con cuatro sillas patas arriba. Dominan en el jardín dos grandes estatuas de bronce de Cirilo y Metodio, los dos santos eslavos, que obviamente no fueron colocadas por Wittgenstein.

La racionalidad geométrica de esas formas arquitectónicas, deseadas por el filósofo que indagó de forma tan implacable las probabilidades y los límites del pensamiento, parece revelar ahora, en una árida manifestación, una inutilidad que encoge el corazón. Nos preguntamos qué quería Wittgenstein con ese edificio, si deseaba construir una casa o la prueba de la imposibilidad de una verdadera casa, de aquello que antaño se denominó *hogar*. Quién sabe qué límites querían trazar idealmente en su pensamiento esas formas cuadradas, qué inefables espacios e imágenes debían excluir ascéticamente, dejar fuera. ●

\* De *El Danubio*, Barcelona, Anagrama, 1988 (“Panorama de Narrativas”, 142). *Inundación Castálida* agradece a Lluïsa Matarrodona las facilidades prestadas para la reproducción de este texto.